



LAS OLAS

F. GURRUCHAGA

Estaba sentado junto a la orilla del mar, en mi pequeña bahía.

Llegaban las olas, una tras otra. Me sentía a gusto, plenamente. La arena, las rocas, el mar, el cielo, yo. Hundía, pensativo, mi mano en la tostada arena...

¡Cuántas conchas trituradas, cuánta roca disgregada, cuántos siglos para formar aquella pequeña playa...!

* * *

Llegaban las olas, una tras otra. Azules, verdes, limpias unas veces otras veces turbias. Algas, maderas...

Un cangrejo, con su peculiar aire cachondo, me sonreía como diciéndome: "Éh, tú, el escritor ¿a que no mue-

ves tu ojo como yo?". Estiré mi mano y corrió de costado (que no hacia atrás) protegiéndose en su pequeña grieta más provocativo que antes.

En el fondo de un límpido charco, entre las rocas, unas quisquillas con piel de cebra transparente, pienso que se estaban bañando.

Llegaban las olas, cada vez más cerca...

* * *

Oí una vez un cuento sobre un fraile que se hizo viejo escuchando el canto de un pájaro. Yo puedo afirmar que me hice viejo viendo venir las olas, una tras otra...

Las vi desbordar el charco, dejando a mis quisquillas buceando en una inmensa piscina; inmensa y peligrosa, abierta a todo el Océano. Vi a mi cangrejo, crispado, aferrado a las arrugas de la roca y tratando de aguantar la espuma que le arrastraba; y vi un durdo amenazador, nadando en dirección del "karamarro"... No pude evitar el manido recuerdo "del pez grande... y del río revuelto...".

Apenas quedaba arena. "¡Cuánto ha subido la marea!" —murmuré cuando un polvo fino de agua marina me estremeció con un escalofrío de sal en las plantas de los pies.

Mi pequeña bahía estaba colmada. Parte a flote y parte hundida en nada se parecía a la que conocí de niño. Espuma, maderas, alquitrán, plásticos... (Dios mío, ¿he dicho plásticos? ¿Cuántos años he estado viendo subir la marea? Cuando me casé no había plásticos; vine a la orilla "a contemplar el mar" diez años antes de casarme... luego he estado mucho tiempo viendo venir las olas...

* * *

Aquí estoy. De pie. Junto al mar. Algo triste. Algo viejo. Algo amargo. El mar está muy oscuro; y es que el cielo también lo está.

Recorro con mi vista las inmensas nubes. Un claro quiere brillar allá a lo lejos. Un reflejo, como una cita mil veces rota, arruga la piel inquieta del mar. Creo que he visto un pez que brillaba. ¿Seré un optimista? Hacía un instante me pareció que todos los peces estaban pescados; que todas las arenas mancilladas; sucia la espuma; las algas rotas... duro el alquitrán y muchos plásticos...

—Dios mío ¡cómo ha cambiado mi bahía!

A lo lejos venía otra ola. La vi débil. Se deslizó haciendo "surf" sobre sus hermanas ya asentadas. Pero la vi vacilar; no estaba segura. ¿Llegará o no llegará? Me temo que "no le apetece" llegar... Creo que ya nada le atrae en esta playa.

* * *

¡Cómo ha cambiado mi bahía! El claro se ha cerrado. El mar está ahora negro. Pero yo necesito creer que siguen brillando los peces. Necesito creer que mis cangrejos me miran desde el fondo de sus grietas.

Sé que la arena está ahí abajo. Mis ojos sólo ven el alquitrán y los plásticos. Pero sé que se pueden limpiar y que la arena dorada tiene que seguir estando... debajo.

La ola no ha llegado. El mar está ahora plano. Un minuto, otro, diez... ¡No llegan más olas! ¡He visto, pues, la última ola! Quiero comprobarlo y me vuelvo a sentar. Envejezco de nuevo con la mirada clavada en la orilla.

Ahora veo lo contrario. Las olas son como estremecimientos que fueran desde la tierra al mar, como si sintieran tener que partir. Siento la piel húmeda de la arena preguntándose ¿qué me ha pasado? Una costra de alquitrán vacila y se agita... dudando ella también entre quedarse o marchar. La ayuda con un palo y el agua se la va llevando...

¡Está brillando la arena! Soy un optimista. Mi bahía no es la de antes, pero...

—"Se equivoca, señor" —me dice un cangrejo nuevo—. "Esta es más bonita. Antes estaba llena de alquitrán y plásticos. Ahora apenas quedan..."

—¿Qué sabrá este nuevo cangrejo? Me fijo bien y ni sé qué clase de cangrejo es. Su tamaño, su color, son diferentes. No consigo clasificarlo, yo, que conocía todos los cangrejos de mi bahía. ¡Tanto tiempo he pasado, sin ver el fondo...!

Su ojo me mira provocativo.

—"Tendré que probarlo para saber si es mejor". Estiro mi mano. Yo soy viejo; el cangrejo es más rápido. ¡Nunca podré saber qué tal es el nuevo cangrejo... al menos yo!